

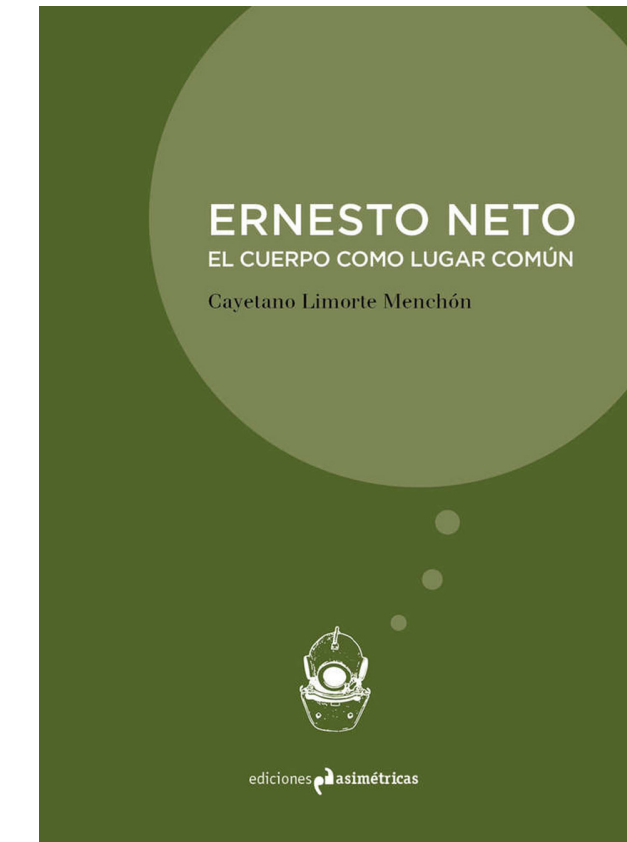
## Ernesto Neto. El cuerpo como lugar común

LIMORTE MENCHÓN, Cayetano  
Ediciones Asimétricas, Madrid, 2018

Ángel González García afirmaba que «el arte no es más que una estrategia corporal, es aquello que recrea las maravillosas sensaciones de estar físicamente en el mundo» (*Cuadernos hispanoamericanos*, nº 625-626, 2002: 262). Compartiendo la concepción física, corporal y vital del arte del que fuera su profesor en la Universidad Complutense de Madrid, Cayetano Limorte propone un sugerente recorrido por la obra de Ernesto Neto tomando el cuerpo como espacio de encuentro y apelando de un modo recurrente a los sentidos del lector. Así, partiendo de la obra del artista brasileño, el autor se detiene en algunas cuestiones de gran interés relativas a la experiencia del arte.

En una entrevista, Ernesto Neto aseguraba sentir «una cercanía “de piel” con Lygia [Clark] mientras Hélio [Oiticica] danza en [su] mente». Vinculando la obra de Neto con artistas del movimiento neoconcreto, y también a partir de una interesante revisión del pensamiento occidental en torno al cuerpo y su construcción cultural que inevitablemente conducen –tanto al autor como al artista– de manera recurrente hacia Nietzsche, Cayetano Limorte habla de la obra de arte como un organismo vivo cuyo objetivo es siempre magnificar «la experiencia sensible de la condición física del hombre, que no es otra que la consciencia de estar vivo o, como diría Merleau-Ponty, de ser y estar en el mundo». El autor evoca el pulso, el ritmo del arte, del mundo y de la vida en la obra de Ernesto Neto. En este sentido llama la atención particularmente hacia la instalación constituida por una nave redonda y roja que con ayuda de un timbal evocaba el latido del corazón. Como afirma Eva Fernández del Campo en el prólogo del libro, retomando las palabras de Nietzsche citadas por Limorte, «el hombre, el arte y la tierra son criaturas creadoras de ritmos». «Ritmos –que como dice el autor– nos introducen en las sensaciones del mundo, esas que el feto experimenta en las aguas del vientre materno».

Así, en el primer capítulo, Cayetano Limorte elabora una suerte de cartografía corporal en la que propone una reflexión en torno a la reinención del cuerpo en el pensamien-



to occidental. Comienza aludiendo al olvido de la condición corporal del ser humano, así como a la ruptura con la naturaleza y la comunidad que se produce en el Renacimiento, coincidiendo con el ascenso del individualismo, a partir de un pensamiento heredero del dualismo platónico, presente también en el cristianismo. En este sentido, el autor interpreta la obra de Neto como un rastreo por la historia occidental del descubrimiento del cuerpo y del consecuente ocultamiento del sujeto que parte del pensamiento nietzscheano y camina de la mano del antropólogo David Le Breton.

En ese recorrido corporal por la obra de Ernesto Neto, el autor introduce al lector en las *naves* del artista. «Espa-

cios uterinos» de nailon, de tono marfil, color del esperma y de la placenta, en cuyo interior se genera, en palabras del artista, «un estado de silencio reflexivo que nos permite entrar en contacto con nuestro propio cuerpo». En definitiva, recuperar la consciencia de nuestra propia corporalidad. Estos espacios son descritos por el autor como «un oasis del pensamiento, un lugar donde solo haya estímulos sensoriales, como en el útero materno, ese origen utópico común al que solo es posible volver a través del arte». Espacios que apelan a todos y cada uno de nuestros sentidos, superando la hegemonía de la vista, cuya reminiscencia en las obras posteriores de Neto parece casi constante a tenor de lo que el libro nos cuenta.

Limorte evoca así el sentido del tacto y entiende la piel sugerida por Neto en las mallas de nailon como «la piel del mundo» que el artista expande cada vez más con la intención de «fundir el cuerpo y el paisaje», generando «un espacio de encuentro e interacción con la carne del mundo». El autor, secundando las ideas de Le Breton, incide en el tacto como el primer sentido en aparecer en el propio útero, lo que le lleva a considerarlo la desembocadura de los demás sentidos y, por consiguiente, a entender la piel como un «lugar de convergencia entre los sentidos».

A continuación, el autor apela al sentido del olfato, introducido por Neto en sus medias de nailon mediante el uso de especias de sugerentes olores y colores. Olor que, según David Le Breton, es «un pensamiento inmediato del mundo», al tiempo que remite al propio cuerpo. El autor describe este sentido como «el gran generador de atmósferas afectivas, cuyo poder de evocación es capaz de reavivar multitud de sensaciones y emociones que conserva como una huella invisible a través del tiempo y que, en muchas ocasiones, escapa al lenguaje que no es capaz de describir a menos que recurra una imagen, es decir, a la ayuda de otro sentido».

Con estas palabras que trasladan al lector a su infancia a partir de recuerdos albergados de un modo extraño y sugerente en el olfato más que en la memoria, el libro apela al arte como algo palpable, transitable, sensible e incluso habitable, que trasciende más allá del intelecto. El poder de sugestión de las palabras del autor para evocar la capacidad multisensorial de la obra de Neto, transmiten al lector sin mayor dificultad, la enorme capacidad del sentido del olfato de reavivar sensaciones concretas que atraviesan el tiempo. El olor se materializa así como una suerte de huella invisible

que recuerda a la sensación que deja en el cuerpo el disfrute de la obra de arte. Esa sensación tan característica que, como decía Ángel González García comparándola con los besos del amante, se desvanece de inmediato tras perder de vista la obra, la cual, a pesar de todo, nos empeñamos constantemente en recordar, viéndonos a menudo en la necesidad de cerrar los ojos.

Mediante el sentido del olfato, y también el del tacto evocado en la obra de Ernesto Neto a partir del uso de bordados, Limorte nos traslada a la infancia, a la del artista y a la del propio lector, recordada como una especie de segundo plano a medida que uno avanza en la lectura del libro. El autor evoca así imágenes que contribuyen a percibir las obras de Ernesto Neto como espacios habitables, lugares propicios para la «experimentación estético-sensorial». «Una experiencia artística que trasciende la obra de arte y que nos estimula ya no solo a tomar consciencia del funcionamiento y articulación del propio cuerpo, sino a tomar consciencia del mundo en el que vivimos».

Ese habitar la obra de arte, que no es otra cosa que habitar el mundo, conduce al autor a la última de sus propuestas: la interpretación de la obra de Ernesto Neto como un espacio de encuentro, un lugar para hacer comunidad. Y resulta especialmente significativo que sugiera esta concepción del arte recurriendo a disciplinas como la música y la danza. Según Limorte, para Neto la danza es la «manifestación por excelencia de ese cuerpo colectivo». Esta disciplina apela a todos los sentidos y, en consecuencia, manifiesta de un modo más evidente la condición vital del arte sugerida y percibida a lo largo del libro. Pues en ella los cuerpos, individuales y colectivos, resultan indispensables. Tomando intervenciones recientes en las que el brasileño contó con la participación de miembros de los Huni Kuin, un pueblo del Amazonas, el autor alude a las instalaciones de Ernesto Neto como una suerte de rituales, metáfora del propio cuerpo y de la naturaleza, en los que el espectador participa de la acción configurando una suerte de danza colectiva. De este modo los últimos trabajos de Ernesto Neto ponen «en contacto a los diferentes espectadores en torno a un acontecimiento común, el del arte, y con un instrumento también común, el del cuerpo».

El arte, y la experiencia que conlleva tanto el proceso creativo como el contemplativo, se constituyen bajo estos parámetros como un sugerente espacio de encuentro. Esta

cuestión recuerda a la concepción de la danza de la bailarina de Shantala Shivalingappa, quien entiende su disciplina como un espacio propicio para el encuentro humano; encuentro entre los artistas, con los que a menudo realiza colaboraciones, y encuentro también con el público. Desarrollando esta reflexión, la bailarina concibe el conjunto del arte como aquello que tiene la capacidad de asombrarnos y de despertarnos, generando en el espectador la misma disposición que el niño tiene hacia el descubrimiento del mundo, como una especie de juego constante. «Para mí –dice– el juego es la mejor aproximación que podemos tener hacia el mundo que nos rodea, y si pudiéramos conservarla configuraríamos un mundo totalmente diferente» (*Boletín de Arte*, nº39, 2018: 293). Ese juego que remite a la infancia reivindicado por la bailarina resulta muy cercano al que proponen Ernesto Neto, a través de su obra, y el autor en el propio libro. Surge así una clara analogía, a través de la imagen del

juego, entre el arte y la naturaleza. Se trata de un juego de idas y venidas, en constante movimiento, en un proceso de cambio perpetuo, regido por una suerte de ritmo común que lo mantiene con vida. Y es precisamente ese ritmo o pulso vital del arte y de la naturaleza el hilo conductor de estas páginas, pues el autor propone un paseo por la obra de Neto como si se tratara de recorrer el mundo en su constante fluir.

Así, en última instancia, Cayetano Limorte percibe la obra de Ernesto Neto como «cuerpo y mundo a la vez»; «un cuerpo que es obra de arte pero también metáfora de nuestro cuerpo y del cuerpo de la naturaleza». Y en efecto, aquel lugar común en el que el autor sitúa el cuerpo a lo largo de su libro se establece como espacio de encuentro entre dos cuerpos rebosantes de vida: el arte y el mundo.

**Irene López Arnáiz**  
Universidad Complutense de Madrid